

Recordar, compartir, aprender

Oviedo

Oliva García Cuervo, 80 años

Ana García Suárez, 20 años

UNA GENERACIÓN INVENCIBLE

En un tiempo en el que parece que están de moda los traumas infantiles que derivan en enfermedades que van desde desórdenes alimenticios hasta trastornos graves de la personalidad, conocer a una persona como Oliva García nos hace plantearnos hasta qué punto nuestra sociedad está más avanzada hoy en día.

Y es que parece que nuestros mayores están hechos de una pasta más dura, más resistente que la que nos forma a nosotros; una pasta que les ayudó a pasar por guerras, tanto civiles como mundiales, y sus consecuencias posguerras con la suficiente entereza como para recordarlo después sin permitir que esas reminiscencias formen el centro de su existencia.

A sus 80 años, Oliva recuerda vívidamente los acontecimientos que vivió siendo una niña. Habiendo nacido en un pueblo de la España Republicana, las batallas y enfrentamientos de los que fue testigo son más bien numerosos y para nada agradables.

Su pueblo, Belmonte de Miranda, fue el campo de batalla en el que se desarrollaron la gran mayoría de estos combates. Cada uno de los bandos a un lado del pueblo, por un lado los nacionalistas y por otro los republicanos, ninguno de los dos fue menos malo por mucho que algunos se empeñen en decirlo. Cadáveres de ambos partidos eran amontonados en una cabaña que, más tarde, fue incendiada y reducida a cenizas.

Oliva y algunos otros acabaron abandonando el pueblo a duras penas, pero no todos corrieron su suerte. Sentada en su sala de estar cuenta cómo la madre del que ahora es su marido falleció con su hijo de dos años en sus brazos al explotar una bomba en la puerta de su casa. Ese bebé, que hoy es su cuñado, aún conserva las cicatrices de aquel día.

Así, llegó a casa de sus tíos en Ferredal, donde estuvo tres meses que son recordados como meses repletos de miedo y confusión. Este cambio no trajo consigo más tranquilidad o seguridad sino que fue más de lo mismo: conflictos, batallas... Y como cualquier niña de la época, Oliva presenció cosas que nunca debería haber visto un niño: fosas y hoyos cavados en los campos de alrededor en cuyo interior se acumulaban los cadáveres de las víctimas.

Tanto sus vivencias como las de sus vecinos y familiares ponen los pelos de punta, especialmente la de uno de sus vecinos que, al entrar los soldados en su casa acosando a su mujer, intentó defenderla, muriendo al hacerlo.

Visto desde el prisma de una niña no se conocen bandos, las historias son igual de horripilantes sin importar quién llevo a cabo qué masacre. Lo único que importa es la muerte, el horror, la angustia que se vio obligada a vivir Oliva con sólo siete años y, al igual que ella, otros muchos niños y adultos que nunca estuvieron involucrados en el conflicto, pero que acabaron viviéndolo y sufriendo las consecuencias.

Cuando todo terminó, Oliva volvió a su pueblo con su familia para encontrarse que su casa ya no era su casa, todo había sido saqueado y lo único que quedaba en pie eran las paredes.

La posguerra fue muy dura para ella y los suyos, había infecciones prácticamente incurables por la falta de medicamentos, el dinero era escaso y subsistían con lo que podían obtener en el campo, lugar en el que toda la familia ayudaba pues tampoco había maestro que mantuviera la escuela activa.

A medida que crecía, la situación no mejoraba; y en su juventud, el dinero seguía siendo escaso y la ropa con la que contaban era la que hilaban con la lana de las ovejas.

A pesar de las dificultades, la diferencia entre esa juventud y la nuestra es fácilmente palpable. Oliva era



feliz, porque, como ella dice: “Todos estábamos en las mismas condiciones”. Hoy día tenemos incontables lugares para pasar el tiempo, cines, teatros, boleras, restaurantes, parques de atracciones, conciertos, bares y mil cosas más, y aun así, no somos tan felices como seguramente lo eran ellos. Como dijo Robert D. Putnam, a pesar de que el poder adquisitivo se ha visto incrementado enormemente, en Estados Unidos las depresiones clínicas se habían multiplicado por diez en el año 2000; enfermedades como la anorexia o la bulimia están a la orden del día y la coletilla más utilizada por los niños de la actualidad es el “Yo me aburro”. ¿Se nota la diferencia? La ‘Barbie’ con la que jugaba Oliva era una que se fabricó ella misma con un pedazo de trapo.

Por eso, ¿es el desmedido avance tecnológico señal inequívoca del progreso a nivel moral y personal? O, ¿hemos llegado a un punto en el que el avance parece hacernos retroceder como personas?

Oliva vivió un conflicto brutal en primera persona y, aún así, ha tenido una vida plenamente satisfactoria. Se casó con 28 años y hoy día es madre de dos hijas de las que se siente orgullosa. Tanto ella como su marido están jubilados y disfrutan de un merecido descanso entre la casa del pueblo y el piso de Oviedo, así como de viajes y otras actividades que les proporciona la Administración Pública y que aprovechan a plenitud pues nunca antes habían tenido esas oportunidades.

A estas alturas de su vida, con miles de experiencias que podría contar, Oliva sólo desea para los jóvenes de hoy en día que, si llegamos a su edad, nos encontremos en condiciones similares a las suyas que, puedo decir, son excelentes.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Muchas veces se ha dicho que siendo feliz, la vida es breve. El problema surge cuando el dolor es tal que el más corto espacio de tiempo se hace eterno. Por eso es importante encontrar la capacidad de ser positivos en las situaciones más adversas. Y por eso es extraordinario ver que Oliva es feliz después de 80 años, sin pedir a la vida más de lo que le ha dado.

Ha aprendido que las posesiones no son nunca lo más importante y que, en ocasiones, cuanto más tenemos, más problemas surgen. En contraposición, ha descubierto que ver cómo su familia aumenta y cómo sus hijas alcanzan la madurez personal le hace sentir completamente realizada.

Además, tiene la suerte de poder disfrutar de la vejez al lado de su marido, con el que tantas experiencias ha compartido. El buen estado físico y mental de ambos les permite gozar de la misma en lugar de vivir esta fase como una época triste y solitaria.

En ocasiones hemos oído decir que muchos jóvenes dedican los primeros años de su vida a hacer desgraciados los últimos. Afortunadamente, éste no es el caso ya que, en todo lo que pudo, Oliva supo llevar su juventud de forma que, al mirar atrás, no tuviera remordimientos. ¿Lo único que cambiaría? Una guerra que nunca pidió presenciar.